



Domingo XIV del tiempo ordinario - Ciclo C - (7 de julio 2013)

Los manantiales, con alguna frecuencia son mencionados en la Biblia por su acción benéfica. Isaías había prometido que el desierto habría de ser convertido en un jardín, gracias a la acción de los ríos que brotan de las colinas secas (Is. 41,18).

Hoy Isaías acude a la comparación de los manantiales, para decirle a su pueblo que el Señor promete: ***“Conducir hacia Jerusalén como un río, la paz; como un torrente desbordado las riquezas de las naciones”***(Isaías 66,12). En el mismo profeta, hasta el capítulo 40, sólo encontrábamos desolación e inundaciones. Incluso olvido del Dios, pues junto a las ruinas de Jerusalén ***“hicieron un estanque entre las dos murallas, pero no pusieron atención a su Hacedor, ni se fijaron en el que desde antiguo lo ideó”*** (Is 22,11).

Los desterrados en Babilonia recordarán los canales cerca de los cuales lloraban y colgaban sus liras en los sauces, pues no se atrevían a entonar sus cánticos, por aquello de: ***“Cómo cantar una canción al Señor en tierra extraña”*** (Sal 137,4).

Pero de ahí en adelante, la situación cambiará. Nos encontramos con el tercer Isaías, que en realidad era un grupo de personas que seguían esperando la intervención de Dios y que habían pasado el tiempo concientizando a la comunidad de que Dios iba a regresar, según lo había prometido, para liberarlos. Y en efecto así sucedió.

Parecido, por su entusiasmo a estos del tercer Isaías, fue el grupo que Jesús designó y envió de dos en dos para que fueran delante de Él a todas las ciudades y lugares a donde El iba a llegar. A estos les dio ciertas consignas para que fueran misioneros con un gran ejemplo de vida, de generosidad, de pobreza, como lo detalla san Lucas.

Hoy en día ¿a qué nos envía el Señor a nosotros? En las planeaciones de las diferentes diócesis encontramos variedad de retos y desafíos. En la de Bogotá, en el Plan E, por ejemplo, aparece el desafío ecológico. Este incluye, varios aspectos: el reconocer a Dios como el Creador, el saber contemplar y orar con la Naturaleza, el defender a la población de la contaminación.

Y para hablar sólo de los ríos, cuánto trabajo tenemos. Estos corren el peligro de la contaminación, en todo el país, por la llamada locomotora minera. No es sólo un ataque a la naturaleza y a los ecosistemas, sino a la salud humana, que tanto sufre por la falta de limpieza de los ríos. La extracción del oro, conlleva la contaminación de las aguas con el mercurio, el cianuro y otros minerales que se emplean para extraerlo.

Volviendo a los israelitas, ya en su patria, cuando regresan, tendrían que rescatar, en un país tan árido, cada fuente, cada pozo y cada nacimiento de agua, para bien de la comunidad y como un motivo de agradecer a Dios este beneficio.

Nosotros tenemos también grandes desafíos, en el campo de la salud, de la solidaridad de unos con otros, de la defensa de la naturaleza, de las misiones que nos encomienda al Iglesia. El papa Francisco reiteradamente nos ha llamado a luchar contra la corrupción. Y esta se está dando de un modo especial en el campo del medio ambiente y de la ecología humana.

Alejandro Londoño Posada, S.J.

alejitosj@gmail.com